

893 PQ 2625

M. .ES3

M381

*Prohibida toda traducción y reproducción.
Es propiedad.
Queda hecho el depósito que marca la ley.*



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imprenta de LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA.

MATRIMONIOS CONVENCIDOS

I

Bélgica es un país que ofrece más de un atractivo, además del de sus ostras, que no son todas de Ostende, como generalmente se cree.

Y es, que allí se ven por todas partes chimeneas de fábricas y un número increíble de minas de carbón.

Los ingenieros son innumerables. Todos los belgas son ingenieros, á menos que no sean abogados.

Este es el complemento de los estudios en ese reino pequeño, pero importante.

Un belga que no fuera ingeniero—hablo de los que pertenecen á familias, regularmente acomodadas—pasaría por ser un imbécil,

Se le exhibiría en los espectáculos, en competencia con la mujer cañón, ó con la vaca de tres cabezas.

Josephin van Berg, es belga.

En su cualidad de belga es ingeniero.

Van Berg, llamado *Josephin* entre sus amigos, ha tenido muy buen cuidado de no faltar á los usos y costumbres de su país.

Por otra parte, todo le llevaba á obtener ese título, porque pertenece á una familia en la cual se cuentan tantos fabricantes de máquinas como individuos.

Todos los *van Berg* son industriales desde hace un siglo, cosa que es muy estimable.

Y tienen rentas, cosa más estimable aún.

Josephin van Berg tiene unos cuarenta mil francos de renta y ha sido agraciado con condecoraciones de un orden exótico; la cruz de Guatemala, ó de San Salvador, ó acaso la de Chile, si es que no posee también la del *Elefante blanco de Cambodge*.

El caso es que él adorna sus prendas con cintas de todos los colores del arco iris, confundiendo en una microscópica roseta, cosa que no molesta á nadie.

Está, pues, condecorado, es ingeniero, rico,

y, como por pasatiempo, se dedica á la pintura.

En fin, es hombre de *esprit*.

Después de haberle dado á conocer en todas sus cualidades, debemos por respeto á la verdad, reconocer que van en él acompañadas de un ligero defecto.

Es inflamable como la pólvora y el petróleo y arde como la paja, al menor contacto de una falda ó de una mano suave.

El roce de la cola de un vestido, en un salón, le electriza, y la vista de una linda cara le produce palpitations de corazón.

Josephin es abrasador como una lava, ó mejor dicho es un volcán en constante erupción.

Si quereis conocer su físico, figuraos un mozo de treinta años, rubio y de tez ligeramente bronceada, con bigotes de gato y barbilla de fauno, mirada abrasadora, rostro anguloso, estatura mediana y maneras decididas, como las de un oficial de cazadores... de la guardia cívica.

Se me olvidaba decir que es de Lieja.

Se casó hace siete años, en esa ciudad industrial, con la hija de un fabricante de fusiles (ingeniero como su yerno). Flamenca de abundantes carnes y de gran estatura, cabellos cas-

taños, casi rojos, inflamable como su marido y tan apetitosa que todos los belgas, walones ó flamencos, que pasan por debajo de sus balcones, sienten deseos de darla serenatas disfrazándose de trovadores.

Las rubens son muy tentadoras cuando son hermosas. La señora de Van Berg hubiera sido un magnífico modelo para el maestro.

Exuberancia de salud, cutis aterciopelado, dientes pequeñísimos, labios de rosa, hombros de diosa, brazos de estatua antigua, todo esto reunía la hija del fabricante de fusiles.

Pero es muy peligroso poseer semejantes tesoros.

¿Cómo defenderlos de los asaltos del enemigo?

¿Cómo sustraerlos á tantas admiraciones y á tantos admiradores?

Esto es lo que aún no se ha podido inventar.

Josephin es ingeniero; pero los más célebres de entre sus colegas están expuestos, como la vulgar plebe, á los accidentes del matrimonio. Su ciencia no les protege contra estos accidentes.

La encantadora liejesa fué sitiada con una obstinación que justifica su persona.

Todos los moscardones de la ciudad fueron á revolotear á su alrededor, como mariposas alrededor de un mechero de gas á las diez de la noche.

Trazaron ante su casa líneas de acordonamiento, abrieron zanjas y cavaron minas con infatigable perseverancia.

¿Qué había de hacer una mujer en tales trances más que rendirse?

Eso estaba escrito.

Una noche, al retirarse á casa, con un bosquejo debajo del brazo, Josephin retrocedió asustado.

Le había parecido entrever en el fondo de la alcoba, oculto tras un sillón, á un colega, que había ido, según todas las probabilidades, á levantar planos en terreno prohibido.

El delito era flagrante.

La sangre de *van Berg* hirvió súbitamente.

El marido se lanzó con impetuosidad sobre su rival: le cogió por el cuello, y sin darle tiempo para reponerse de tan repentina acometida, le lanzó á la calle por una ventana situada en el piso principal.

Afortunadamente para él, no sufrió más que ligeras contusiones; pero el escándalo fué gran-

de en el barrio, porque el colega expulsado por aquella vía aérea, no había tenido tiempo de vestirse por completo para realizar este viaje.

Al día siguiente ambos ingenieros se alineaban en el terreno.

Dios fué justo.

El enamorado recibió una estocada en un hombro, una estocada formidable, que le atravesó de parte á parte, como un túnel, y el Don Juan liejés, quedó imposibilitado, por espacio de cinco ó seis meses, para poder perturbar ningún otro matrimonio.

La conducta de la culpable estaba trazada.

Se retiró á casa de su madre con cierta dignidad, vertiendo lágrimas abundantes, por las cuales no se dejó engañar el ultrajado esposo.

¿Podría creerse que vió alejar sin sentimiento á la soberbia criatura á quien había amado y que durante siete años había sido para él causa de las mayores satisfacciones de la vanidad? Eso sería desconocer la naturaleza humana.

Pero su resentimiento pudo más que su vanidad y que su amor.

Fué á casa de un abogado, le expuso sus cuixtas y se convino en que pasaría á su mujer una

pensión, tanto más importante, cuanto que la fortuna de ambos esposos, ya considerable, debía acrecentarse con numerosas herencias.

Después, para distraerse de tamaña desgracia, y en espera de que se ultimara por los tribunales el asunto, se fué á la estación y tomó un billete para París, en el momento mismo en que el silbato anunciaba la salida del expreso.

Se acomodó en un rincón, se echó el sombrero sobre los ojos, sin ocuparse de lo que pasaba á su alrededor y se abandonó á sus reflexiones.

Estas eran sombrías.

Su vida sin objeto, sus lazos de familia rotos, los envidiosos—el marido de una mujer tan seductora tiene envidiosos á millones—triunfantes, sus amigos dispuestos á negarle la razón, porque él mismo se acusaba de haber descuidado el cultivo de la planta rara que poseía, planta más preciosa que todos los tulipanes de la Holanda con sus cebollas; sus negocios desarreglados por la separación de aquellos dos patrimonios casi iguales y por encima de todo, el encanto que se desprendía de aquella mujer, tanto más adorada, cuanto más se alejaba de ella; recordaba todo lo ocurrido, terminando por preguntarse:

¿Adónde iré á parar?

Hacia lo desconocido.

Pero lo desconocido aterra siempre á los que lo afrontan.

Y pensaba ya en su soledad, que quizás había hecho mal en mostrarse tan inflexible, en haber provocado el escándalo y hecho tomar cartas en el asunto á la justicia.

Un amigo había ido á proponerle un arreglo; este amigo le había descrito el desconuelo de su mujer, sus lamentos, su deseo de reparar su falta y de hacérsela perdonar por la más grande de las sumisiones.

Todo había sido inútil.

Van Berg se había atrincherado en su dignidad, que, sin embargo, estaba ya á salvo por la estocada que había propinado á su feliz y ridículo rival.

¡Y había partido!

¿Por qué huir en lugar de ceder? ¿Por qué no dejar al menos al tiempo el cuidado de calmar un resentimiento tan agudo, sin reclamar una separación, un divorcio sin remedio?

Las concesiones de su hermosa mujer eran tentadoras, y no renunciaba á ellas sin sentimiento.

Pero el orgullo le impedía volver sobre sus determinaciones y sobre sus pasos.

Poco á poco, sin embargo, sus pensamientos tomaron otra dirección.

El tren se deslizaba con vertiginosa rapidez hacia Paris.

Las aldeas, las villas, las llanuras y los bosques se sucedían como en un sueño.

El compartimiento de *Van Berg* se había quedado casi vacío. No había en él más que dos ancianos, que al otro extremo del vagon trataban la cuestión palpitante de las máquinas agrícolas, cuando en Compiègne se abrió la portezuela, dando paso á una joven vestida á la *derniere*.

Se sentó frente á frente del marido engañado, cuyas ideas cambiaron de súbito.

Se decía que después de todo, un divorcio no se acuerda con lamentable ligereza; que tenía tiempo de por medio, y que en suma, le correspondía el papel más interesante.

Después se abandonó á un minucioso examen de su vecina.

La tarea era agradable.

Toilette clara, fresca como las rosas de primavera.

Ocurría esto á principios del mes de junio.

Escotados zapatitos que dejaban ver azuladas y finas medias; un sombrero á la Rembrandt, coquetamente colocado sobre un pelo negro, abundante, y rizado sobre la frente y la nuca; una tez mate, animada por grandes ojos de arrebatadora elocuencia; labios un poco gruesos, de admirable color; boca un tanto grande, pero ricamente adornada, y un hoyito en la barba, fué lo que observó *van Berg* en su vecina.

Pero lo que más excitó su admiración, fué la estatura de la viajera.

No era un Rubens lo que tenía ante sí, sino un Watteau; ¡pero qué Watteau! Un Watteau perfeccionado por el arte de las costureras modernas, de las gentes de genio.

En un instante, Lieja se perdió en el horizonte, con sus fábricas y sus habitantes; Bélgica entera se borró del recuerdo del ingeniero artista.

Y no buscó desde aquel momento más que un exordio para entablar la conversación.

II

Los dos ancianos dirigían miradas de codicia á aquella moderna Susana.

Josephin, temiendo peligrosas competencias, quiso afrontar la aventura; pero su estéril imaginación no le proporcionaba el medio.

Ella fué quien se encargó de sacarle del apuro.

—¿Podrías decirme, caballero, á qué hora llegaremos á París?—preguntó con voz que le pareció tan armoniosa como la de un violoncello.

Se lanzó sobre el indicador y lo recorrió con igual furia que había precipitado á su adversario á la calle.

—A las seis y diez, ¿señora ó señorita?—dijo inclinándose.

—¡Como gustéis! ¡Señora, si no os molesta la frase!

—¿Sois parisiense?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO